

ración de la obra, se nos ha de conceder que en 1530 ó poco después, coincidiendo con la fecha del documento coloniense, estaban ya admitidos los grados de aquella especie, que tan sigilosamente encubrían los legisladores de Colonia.

Así que, dando un paso más, nos plantamos en 1530. ¿Nos será dado retroceder más todavía? No nos cansemos de seguir el rastro á la caza.

En Francia y en el promedio del corriente siglo, se levantó gran polvareda por la descomunal refriega trabada entre simbolistas y escoceses, que hizo temblar las dos columnas de todos los templos, capítulos y orientes, y que por un momento se embraveció hasta el punto de tirarse á degüello pluma en ristre los más graves maestros y más conspicuos escritores de toda la masónica cuadrilla.

Ragon, el *autor sagrado*, oficial y canónico de la familia:—
“Bastan los grados simbólicos; los demás son pamplina. *Esos grados superiores son los que en estos últimos tiempos han avivado las sospechas y hasta las persecuciones de la justicia, los odios de los profanos.* Además, sois unos altaneros, que nos tratais, no de hermanos á hermanos, sino como tiranos á sus esclavos.”

Thory, el formalísimo autor de los *Acta Latomorum*:—
“Obscuros é insipientes masones de la brigada simbólica ¿qué sabeis de nuestros augustos grados? Nada, ó casi nada. *Más lejos estais vosotros de nosotros, que los profanos de vosotros.* ¡Nuestros títulos . . . ! Nuestros títulos son nuestra antigüedad, la posesión de largos siglos, vuestra existencia misma. ¡Ingratos! Sin nosotros ¿qué sería la masonería? Un miserable embrión, un cuerpo sin cabeza, un sietemesino condenado á vegetar raquítico y estéril.”

Ragon (al paño.)—No lo decía por tanto: ¡venga un abrazo!
—¡Venga!”

En efecto Ragon, Bazot y demás valientes de la pandilla simbólica ritualizan, interpretan y enaltecen los grados superiores como si tal cosa; mientras Thory, el circunspecto, el sesudo Thory, que clava en 1717 el principio de la secta, canta el triunfo de los grados escoceses, sancionados por *la posesión de largos siglos.* Ateme vd. estas moscas por el rabo. Y es, que entre bobos (pícaros) anda el juego.

De todos modos el escocismo asienta, y el simbolismo acata, que el alma de la masonería palpita en aquel, no en este; y la taifa simbólica va á la escocesa, no lo contrario. Son vestigios denunciadores.

Más. Ragon, el autor sagrado, habla del grado de *Príncipe adepto ó Caballero del sol*, y dice: Este grado es de la más remota antigüedad. Y no contento con esta declaración, en diferentes pasajes asegura, que la denominación y todos los grados de *caballeros* datan de las Cruzadas. Afirma Ragon, y no le desmiente ni enmienda el P. Deschamps, que le cita [1]. Ahora el *Caballero del sol* se da la mano, en razón del significado transcendente, con el *Caballero Kadosch* y por consecuencia, con el *Príncipe del Real Secreto*; y todos ellos son *Caballeros*. Luego todos ellos ascienden á la época de las Cruzadas, todos dimanen de la misma fuente templaria. Está demostrada la apetecida contemporaneidad.

Para los creyentes en desnudas noticias masónicas, de ellos Saint-Albin, Benoit, Gautrelet, no digamos nada de Eckert, Gyr, etc., queda redondeado el argumento.

Para nosotros, míseros escépticos, no.

Pero la afirmación masónica, si no es capaz de sobornar nuestra credulidad contra nuestro obstinado juicio en contrario, cierto que no deja de herir nuestro ánimo y proporcionarnos

(1) Les sociétés secrètes 2e., pár. VII.

ocasión de reflexionar sobre la fecha de 1530, de que en la capilla de Mosen-Rubí, por ley nos posesionamos, sobre los desfavorables rumores y sospechas de templarismo que los 19 mm. de Colonia premiosamente quieren acallar en 1535. Por aquel entonces ni Cromwell, ni Socino habían echado al mundo su fantasía de templo viejo y templo nuevo, para destruir el uno y construir el otro, ni mucho menos habían propuesto terroríficos emblemas y alegorías de venganza, que probablemente escondían en sus antros ó en el secreto de sus juntas; y sin embargo, desde 1530 aparece como ornamento de un templo masónico la escultura del puñal y brazo vengador, y por los mismos días andan sobresaltadas las gentes con la amenaza ó el peligro de conjuraciones templarias. ¿Qué fenómeno es este? ¿Cómo se explica?

Los mil indicios esparcidos como polvo por todo el ambiente masónico en rituales, historias, comentarios, discursos y documentos de toda clase, van tomando cuerpo, obtienen seria confirmación. Esos grados templarios, en que hierve la sangre y el espíritu masónico, que entrañan lo más fino y acendrado, la quinta esencia del masonismo, al decir unánime de sectarios y profanos (1); esos grados, que tropieza uno con ellos, salva la variedad de apellidos y dictados, ya condensados en pocos ó en uno, ya dilatados en muchos, en el rito *escocés* lo mismo que en el *egipcio ó de Misraim* y en el de *Herodón* ó de *perfección*; en el rito ú *orden del Temple*, igual que en los de *ancha y estricta observancia* y en el *adonhiramita*; en el de *Saint-Martin* y *escocismo reformado*, no menos que en el iluminismo alemán que los refinó y con ellos iluminó todas las logias existentes; que laten, reducidos á uno solo, en el de *elegido*, mitigado y solapado hasta en el simbolismo del rito francés moderno; esos grados, repito, en nuestro humilde concepto,

(1) P. Deschamps, lug. cit.

son herencia legítima del Temple, son perdurable memoria y precioso regalo hecho al mundo por los albaceas vengadores del extinguido Temple, y de mano en mano por incógnito conducto de tenebrosas sociedades transmitido hasta el siglo XVI, y de allí hasta la más cercana edad. No hay otra salida, ni cabe inventar otros autores ó fundadores.

El monumento arquitectónico de Avila y el documento de Colonia abonan la palabra masónica, aclaran dudas, dirimen la controversia, coronan el argumento de los grados.

4º Tradición.

Este argumento se nos da casi hecho en el anterior, como quiera que la sucesión no interrumpida de los grados templarios en todos los ritos ó familias de la masonería hasta los días actuales, constituye una verdadera tradición general y constante. Aquella perennidad ó continuidad incesante en la laguna ó hueco de los dos siglos, que se interponen entre la destrucción de la Orden templaria y los monumentos de Avila y Colonia, se prueba satisfactoriamente, y aquella laguna inmensa á los ojos de nuestra melindrosa crítica, se llena sin gran trabajo con un tanto de voluntad deferente y comedida, y con un entero buen discurso; no con patente cohechada de vista gorda, ó con la fuerza creadora de una fantasía complaciente, sino á las derechas, con el discurso bien sentado y reposado.

Y viniendo á las inmediatas, vamos á ver; una vez bien claveteadas y apuntaladas las referidas y repetidas datas de Avila y Colonia, si no hubo transmisión ó herencia fielmente conservada sin saberse, va al decir, por quién ¿por qué arte de birlibirloque, como por escotillón, surge á la improvisa en el teatro de la historia el Temple en cuerpo y alma, el Temple armado de punta en blanco, con sus misterios, doctrinas, símbolos y artes siniestras, el Temple vengativo con su puñal al-

zado sobre las cabezas de Papas y Reyes? ¿Quién fué el poeta inventor de cuadro tan horriblo? ¿cuándo fué? ¿dónde dejó sus interesantes cartapacios [aquí de los documentos visibles y tangibles]? Y sobre todo, ¿de dónde le pudo caer á ese frenético plan tan endemoniado? ¿ó por qué sugestión infernal á un hombre del siglo XV ó del XIV, sin más ni más, sin conocidos antecedentes, sin circunstancias presumibles, sin previos elementos, le vino á las mientes invención tan rara y se le puso en el corazón crear una institución tan bien montada y contorneada y tan discreta, para perpetuar entre las sombras y trasladar á la realidad las sangrientas visiones de su rabiosa locura?

Fuera de que los descontentadizos adversarios, á nuestro entender, han perdido de vista que se trata de una sociedad que ostenta por lema principal de su bandera el secreto, el secreto impone con la más rigurosa de sus leyes, y sella esta ley con sangre. Si á pesar del frenético sentimiento de curiosidad que devora á la moderna generación, y de la escandalosa publicidad que no reconoce lindes ni respeta nada, lastimosas plagas sociales ambas, todavía en las revelaciones de historias coetáneas caminamos de sorpresa en sorpresa, y muchas más se reservan á los hijos de otra generación ¿quién que tenga dos dedos de frente ha de abrigar la presunción de ver claro en una sociedad tenebrosa por esencia y en la espesa cerrazón de aquellos tiempos; mucho más, calculados los peligros de cualquier revelación á causa de la íntima naturaleza y modo de pensar de aquellos pueblos y gobiernos, y aun más, tomada en cuenta la significación transcendental y alarmadora de los misterios que á todo trance se velaban y escondían?

Demás de esto, que algo pesaría en el juicio de gente de mejores entendederas, y para hacerles caer de su burro, si es posible, nos parece, con perdón de su indiscutible competencia, que esos críticos tan sabios y tan fastidiosos pusieron en

olvido ciertos particulares de aquel momento histórico. Ya se ve, como para ellos ni la masonería actual tiene nada de encubierto y reservado, ni hay mas conjuraciones subterráneas que los complots de la política, ni se dan otros móviles para el secreto que las tramas de la política ó el crimen vulgar; á nadie extrañará que se les haya trascordado la continua presencia en los mentados siglos de sociedades y conjuras anticristianas, salpicadas aquí y allá, sorprendidas y castigadas unas, renacientes otras, nunca totalmente aniquiladas, que por la comunidad de fin, de máximas y de procedimientos debieron de ser las obligadas encubridoras y transmisoras de toda malicia antigua, la natural guarida del Temple con sus grados y demás arrequives. Prescindiendo de otras indicaciones, el inmortal, el protervo judaísmo deicida ¿ha dejado ni un solo instante de ser el eterno conspirador en medio de las naciones cristianas, ni entonces, ni más tarde, ni hoy, ni nunca?

Por último, ¿qué tanto requiere un arqueólogo para reconstruir en el cartón unas vastas ruinas de la edad más lejana? ¿Qué tanto le basta á un naturalista para rehacer y describir en sus tres reinos un dilatado continente que un extraordinario cataclismo sacudió y trastornó, sin dejar casi ni una piedra, ni una brizna de hierba en su lugar? O ¿con qué tanto se satisface quizá alguno de estos más adustos críticos, sea para tejer una larga cronología con puntualización de nombres, reinados y primarios acontecimientos, como quien arma una casa de madera piso sobre piso hasta las nubes, derecha y bien compartida; sea para restaurar una historia semi-fabulosa de siglos prolijos, ó retratar como con máquina instántanea el gradual desenvolvimiento de pueblos y razas mal conocidas con sus altos y bajos y especial colorido; bien para evocar de sus cenizas magníficas civilizaciones y culturas, que á manera de caudalosos ríos á quienes de improviso se les hubiesen secado las fuentes,

se hundieron y desaparecieron en el confuso mar de la barbarie ó de otras civilizaciones; ó bien para presentar de bulto á lo vivo en espléndido panorama el mundo entero moral, político y social de toda la superficie terráquea en un oscuro período de la historia con sus innumerables figuras, infinitos grupos, movimientos variadísimos é incesantes hasta el vértigo, con la pintura al natural de sucesos, ideas, sentimientos, costumbres, constituciones, y cuanto cabe en la más rica, lozana y potente fantasía?

Cuando alguna de estas obras se ha llevado á cabo, marcan por heroica la empresa literaria; levantan por encima de las estrellas el talento, la sagacidad, la mirada filosófica y dominadora, las ideas riquísimas, la inagotable erudición del privilegiado mortal; ponderan sus vigiliadas, insomnios, penas, constancia, luchas y esfuerzos titánicos de inteligencia; se arrebatan de las manos el libro, lo besan, lo coronan, lo numeran entre los memorables evangelios de la ciencia, todos lo pagan caro, todos lo compran y engordan el bolsillo del autor renumerando largamente sus afanes y sudores. A todo esto nadie ni por mal pensamiento comete la picardía de turbarle el dulce reposo y las inefables fruiciones de la gloria conquistada, ora arrojándole pleito por aquellas lagunas y deficiencias, que por más que noches enteras de claro en claro sudó el quilo y puso en tortura su ingenio, el pobre autor no pudo colmar ni remediar; ora levantándole un earamillo por cada una de tantas hipótesis con que trabaja y se fatiga por amarrar y enlazar suavemente lo cierto con lo dudoso y problemático; ó finalmente poniendo peros á los reiterados atrevimientos con que después de un cuadro seductor, radiante de luz y ornado con sabia combinación de colores y matices, cohechada la imaginación de los lectores y su ánimo enternecido, hace deslizar ladinamente una tras otra afirmaciones sin prueba, consecuencias ó ilacio-

nes sin lógica, que por la aguda chispa de ingenio agradan, por el tono de resolución persuaden y por la novedad de lo inesperado sorprenden, asegurando así el triunfo completo del autor laureado. Así han escrito y escriben muchos la historia, así *hacen historia*, recogiendo más *palmas* del público candeloso y del que no lo es tanto, que no se prodigan en una plaza de toros al diestro más fino, más gentil, valeroso y afortunado.

No se tome lo dicho á mala parte, imputándonos la intención exclusiva de zaherir los usos literarios contemporáneos, de que tanto se prevalen y abusan algunos llamados historiadores y algunos discurseros de nuestra patria, y los más de los novelistas históricos de todas partes, truhanescos forjadores de historia, hasta convertirla, cuando mejor lo hacen, en un espectáculo de fuegos de bengala ó en una pintura de perspectiva teatral; no. Nuestro propósito es más serio; el de dar una lección de sentido común á esa crítica regañona y puntillosa, que mal que bien ha de convenir en la necesidad de acordar á los escritores concienzudos cierta amplitud para lanzarse en alas del razonamiento á suplir injurias del tiempo ó faltas irremediables de olvido, y alguna consideración, que no pecaminosa indulgencia, con las deducciones, que en ausencia de datos positivos, perdidos ó imposibles de adquirir, se fundan en razonables principios de general prudencia para juzgar acerca de las humanas acciones y acontecimientos: con lo cual, á pesar de la odiosa y parcial diferencia establecida entre una y otra clase de historia, reservado todo el rigor y crueldad contra la que trata de los orígenes masónicos, resulta invenciblemente demostrada por la práctica usual la justicia de nuestro criterio anunciado; á saber, que una mediana dosis de voluntad deferente y comedida de una parte, y un entero buen discurso de

otra, bastan y sobran para probar históricamente lo que parecía indemostrable.

A este único blanco fueron encaminadas nuestras anteriores reflexiones, aunque algunos tal vez no lo entrevieran desde luego.

Urgía dejar bien declarada y confirmada una vez para siempre una regla de crítica histórica, cuyo alcance no puede ocultarse á la perspicacia de nuestros lectores, cuya aplicación á nuestro asunto se nos interdecía formalmente, ó injuriosamente se nos regateaba. Que por lo demás para sacar adelante nuestros cerrados razonamientos, ni hemos de apelar á extremos de ingeniosidad ó á golpes de efecto literario, ni ponemos en juego el resorte de libres suposiciones ó felices audacias, ni necesitamos mendigar el favor de indulgencias ó aprobaciones generosas, con que integrar y suplir lo que escasea de sólido y fundamental en la discusión. Y en prueba de ello, vamos á especificar el argumento de tradición, ya iniciado, con tales pormenores, como ya los quisieran semejantes para sí muchos compositores y disertantes de historia general en materia de orígenes, cronologías, revoluciones sociales y políticas y sistemas filosóficos de historia.

Descendamos pues al estilo pedestre de este género de investigaciones.

El famoso Condorcet en su muy conocido *Ensayo de un cuadro histórico sobre los progresos del espíritu humano*, en tono de revolucionario convencido no teme decir: "Nosotros indagaremos, si no se debe contar en el número de las sociedades secretas aquella orden célebre, contra la cual los papas y los reyes se aliaron con tanta barbarie." Es la voz del masón tal vez de más talento, de igual ardimiento y decisión, que en su estilo peculiar hablaba seria y filosóficamente de su ma-

sonería, cuando no hormigueaban todavía los escritores de la secta y no se hacían del ojo para transformar los anales de la familia en libros de caballerías ó en un caos babélico. Por lo cual aquel testimonio no tiene precio y es apropiado comienzo de nuestra enumeración.

En efecto. Calientes todavía las cenizas de la hoguera en que ardieron el delfín Guido de Auvernia y el gran maestre Santiago Molay, en 1313, la autoridad eclesiástica de Lyon por justos y razonables motivos, reza la sentencia, suprimió una cofradía laica de hermanos pontífices, que había adoptado por insignia una cruz acostada del sol y de la luna, emblema notoriamente templario [1].

Al P. Deschamps debemos este apunte, y al mismo pertenece la siguiente observación:

"Si merecen desprecio los documentos apócrifos, no es menos cierto, que la doctrina del Temple fué conservada por algunas agrupaciones secretas, que en el curso de los tiempos la fueron modificando en armonía con las ideas dominantes sucesivas hasta conformarla con el deísmo judaico. Estos grupos guardaron con especial cuidado la tradición de una terrible venganza que se había de tomar de la Iglesia y de la monarquía cristianísima. Sin esto ¿cómo los fundadores (ó continuadores) de los ritos masónico-templarios habrían copiado con tanta exactitud en ciertos detalles las prácticas de los grandes criminales del siglo XIV? Haugwitz llega á declarar, que premeditadamente fué Luis XVI encarcelado en el Temple."

Este Haugwitz es el conde de este título, jefe de la masonería alemana en la segunda mitad del siglo pasado, conocedor de todos sus secretos, que con el carácter de ministro diplomático de Prusia presentó una interesantísima memoria sobre la

(1) V. Revue catholique des institutions et du droit, 1877.—*Etude sur le régime municipal á Lyon*, par Vaesen.

secta al congreso de Verona, provocado por la alarma de la explosión masónica del año 1820, que conmovió á España, Nápoles y el Piamonte. Es irrecusable la autoridad del diplomático y de su memoria, de la cual tomó su cita el P. Deschamps y nosotros esta significativa cláusula que arma á nuestro caso: "Ejercer influencia avasalladora sobre los tronos y los soberanos, tal era nuestro objeto [cuando él funcionaba en la asociación], como lo había sido de los caballeros templarios."

El P. Deschamps, además, acepta como del todo verosímil el patronato de los Templarios ejercido desde 1155 sobre los gremios ó corporaciones de constructores masónicos de Inglaterra y Escocia; hecho muy en consonancia con los usos de la época, y confirmado por la historia general de estos países. De donde así como la Orden ya pervertida pudo fácilmente inocular el veneno de su doctrina secreta en tales corporaciones, así en el seno de estas encontrar los restos de aquella, después de la extinción, puerto seguro y eficaz auxilio para mantener y ensanchar su obra de corrupción.

Y para que no parezca esto dicho á humo de pajas, y al mismo tiempo para cerrar firme la cadena de tradición que estamos formando, es muy de observar la relación que entre las *guildas* inglesas y escocesas y las asociaciones congéneres de Francia, *compagnonages* ó gremios, establece la semejanza de leyendas familiares en boga en unas y otras, leyendas que guardan los recuerdos y costumbres, fijan las leyes, expresan la naturaleza, resumen los fines y medios de unión y acción de la sociedad. Esta observación abrirá los ojos á cualquiera y á nosotros campo expedito para la demostración.

En efecto, ¿se quiere saber lo que eran esos *compagnonages* en los tiempos de nuestra averiguación? Véase la noticia que de ellos nos participa un autor caracterizado, que dedicó

á este objeto sus vigiliias en estos últimos años: "Los obreros constructores, dice, estaban en contacto frecuente con los franc-masones mismos, hasta el extremo de haber tomado de ellos parte de sus tradiciones y prácticas misteriosas. Hacían remontar su cuna á los días de la construcción del templo de Salomón, las diferentes sociedades de obreros reclamaban á este por su patrón ó protector, y unas á otras se acriminaban el asesinato de Hiram, sobrestante de las obras. Los canteros pretendían una ascendencia de 500 años antes de Jesucristo, en el 560 se fijaban los carpinteros y los ebanistas llegaban al 571. De los obreros constructores pasaron estas tradiciones de unos á otros á los socios de otros oficios. En ninguna casi de estas asociaciones faltaban sus *hechiceros*, *aparecidos*, etc., y estas tradiciones misteriosas con seguridad tomadas, lo mismo que algunos usos y formas singulares, de la iniciación en la masonería, se miraron como inherentes á los gremios [1]."

Tales eran los *compagnonages* ó gremios franceses; tales debieron de ser por tanto, en virtud de la notada semejanza de leyendas, las *guildas* inglesas y escocesas. ¿No habla el hecho por sí mismo y no patentiza la infiltración y el dominio templario?

Tanto más, que estirando no mucho la historia y acercándonos algo más á los tiempos modernos, como de molde se nos vienen á las manos dos preciosos datos, entre otros, uno referente á Escocia y otro á Francia, que á maravilla parecen confirmar nuestro aserto.

En 1652 se trataba de elegir ministro de la Iglesia (reformada ó anglicana, suponemos) á un tal Jaime Aislic, maestro en artes; pero se le hacía la guerra por su calidad de francmasón. "Mas los ancianos de Kelso expusieron, en 24 de Febre-

(1) Levasseur, *Histoire des classes ouvrières*, t. I, p. 501.

ro de 1652, que á su juicio no había escándalo ni pecado en este título, *porque en los tiempos de mayor pureza de esta Iglesia habían sido ministros masones calificados de tales; diamante los hay y asisten á nuestras reuniones, y muchos profesores notados de lo mismo todos los días se ven admitidos á los sacramentos.*" Adviértase que estos *tiempos de mayor pureza de la Iglesia* (reformada) nos hacen retrogar á la mitad del siglo XVI. Si es verdad que el descubrimiento fué comunicado por el *Freemason* (*Francomasón*) de 1879, fuente de suyo sospechosa; mas era fácil la compulsación del informe con el original archivado en el presbiterio de Jedburgh, parroquia de Minto, y nadie hasta el presente ha desmentido la nueva.

El otro dato, relativo á Francia nos lo suministran León Gautier y el nombrado Levasseur.

"El ceremonial de las asambleas de esos *compañeros* del gremio, dice el primero [1], era una parodia infernal de las ceremonias cristianas, y alguna vez se celebraba en ella una especie de Misa del sábado, cuyos torpes misterios no tuvo empacho en propalar años atrás M. Michelet. Se sobresaltó la autoridad eclesiástica y condenó aquellos sacrilegios. Con todo en la primera mitad del siglo XVII, dichas prácticas habían logrado horrible popularidad, y continuaron á través de todo el siglo XVIII."

M. Levasseur ha publicado en su citada obra, al tomo II, página 493, "un resumen de las prácticas sacrílegas y supersticiosas acostumbradas por los *compañeros* silleros, zapateros, sastres, cuchilleros y sombrereros en la recepción de los *compañeros* que ellos llaman de deber," con motivo de las cuales fueron consultados los doctores de la Sorbona en 1655. Las prácticas varían en los pormenores análogamente á los oficios;

(1) *Histoire des corporations ouvrières*, p. 67.

mas en el fondo todas van á parar en una parodia del bautismo, de la institución de la Eucaristía y de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, igual sobre poco más ó menos á la del grado de Rosa-Cruz. "En una cosa convienen todas, dice el documento, en obligar al iniciando á jurar sobre los Santos Evangelios, que no descubrirá á padre ni á madre, á esposa ni á hijos, á sacerdote ni á letrado, ni aun en confesión, nada de cuanto va á hacer ó vea hacer. . . ." Y se añade esta particularidad para aquellos tiempos remarcable: "*Los hugonotes son recibidos compañeros por los católicos, y los católicos por los hugonotes.*"

De grande significación serán estos datos indudablemente para quien discorra en seso, por más que no satisfagan á ciertas gentes mal humoradas, que han de exigirnos seguramente un minucioso diario de todas las pulsaciones de todos los masones de toda la tierra, para cerciorarse de cualquier hecho á ellos relativos. Pero dejémoslas con sus escrúpulos de monja y repulgos de empanada, mientras seguimos escribiendo para los hombres de razón.

Conocida por una parte la institución de los gremios, tales como vivieron en la edad media y prolongaron su existencia hasta muy adelantada la moderna; tomada en cuenta su naturaleza, particular organización y estrecha hermandad de sus socios, que les prestaba fuerza; considerada su independencia, exclusivismo, franquicias y tenaz espíritu conservador, que los hacía á voluntad suya inaccesibles; y por otra atendida la inexorable ley del secreto sectario y no echada de ninguna manera en olvido la especial conformación de la sociedad de aquellos siglos, con aquella sorda fermentación de los espíritus, con aquellos hábitos de conspirar, con aquella multitud de juntas clandestinas, donde quiera que una saludable y vigilante Inqui-